

planta parásita en sus *ejercicios espirituales*. Sabido es que San Ignacio enseña la devoción y la desarrolla por medios mecánicos, poco más ó menos, como se enseña á los soldados la carga en once voces. Uno de los medios de hacer nacer la piedad consiste «en adorar las reliquias, en invocar y en venerar á los santos.» «Las estaciones y las peregrinaciones piadosas, las indulgencias, los jubileos, los cirios que se encienden en las iglesias, son también excelentes adminículos de religión» (1). Esto era como una inculcación del espíritu supersticioso, y dió sus frutos. Loyola, en su calidad de santo, tenía un gran poder sobre los demonios. El diablo molestaba á un colegio de jesuitas; á uno le aconsejaba gozar de la vida, en lugar de pasarse su juventud en las privaciones; á otro le decía que dejase la lectura de Cicerón por la de San Pablo (¡singular consejo para un demonio!). Se empleó el agua bendita, los exorcismos, las oraciones, nada sirvió; entonces se dirigieron á Loyola. El santo respondió que sus discípulos debían poner toda su confianza en Dios. Apenas se dió lectura de la carta, el demonio desapareció (2).

Estas necedades, ¿podrá creerse? aprovechaban á la Compañía; explotó una de las prácticas más supersticiosas de la religión, el exorcismo, como un instrumento de propaganda. Una joven había sido entregada á los demonios por su abuela, bruja distinguida. Fué conducida á Viena, en 1583; á petición del emperador y del obispo, los jesuitas fueron encargados de exorcizarla; se prepararon por medio del ayuno, de las flagelaciones y demás obras odiosas á los demonios. La lucha entre los reverendos padres y los espíritus inmundos duró días y semanas; pero en cambio la victoria de los discípulos de Loyola fué brillante; lanzaron 12.500 diablos, ni uno más, ni uno menos, del cuerpo de la poseída (3). ¿Es este un acto de piedad? ¿Es una farsa de feria? Aquellos exorcismos practicados con tanto lucimiento, convirtieron gran número de protestantes á la fe ortodoxa; los historiadores de la

(1) *Los verdaderos ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola*, París, 1628, p. 211.

(2) *Acta Sanctorum*, Jul., t. VII, p. 587, números 930-938.

(3) *Historia Societatis Jesu*, t. V, p. 125, números 77 y 78.

orden lo afirman (1), y nosotros lo creemos de buen grado. A los ojos de las masas, aquellos prodigios atestiguaban la superioridad del catolicismo sobre la Reforma, á la manera que entre los salvajes el titiritero que hace los mejores ejercicios triunfa sobre sus rivales. Los jesuitas exorcizaban; los pastores protestantes no exorcizaban; prueba evidente, dice el padre *Jouveney*, de la verdad del catolicismo (2). ¿Y cuando esta prueba llegue á ser silbada hasta por los niños, qué será de la religión católica?

No hay superstición, por grosera que sea, que no hayan restablecido los jesuitas, en beneficio de su dominación. El padre *Sacchinus* nos dirá cómo celebraban los discípulos del colegio romano la fiesta de los patronos de sus naciones respectivas; los jóvenes se reunían é invitaban á sus compañeros á asistir á la solemnidad, á fin de atraerse para sí y para su patria el favor de su protector celestial. ¿Y qué hacían para celebrar este apoyo? ¿se dedicaban á la oración, ejercían la caridad? No, *se azotaban públicamente* (3). El mismo espectáculo dieron en Viena, y los reverendos padres dieron el ejemplo. Durante el carnaval se azotaron en presencia de sus discípulos; los discípulos, naturalmente, imitaron á sus maestros (4). Todo esto tenía lugar con la mayor ostentación posible, á fin de dar claras pruebas de la santidad de la Compañía. Se vuelve uno á preguntar; ¿esto era piedad, era charlatanismo? No nos atrevemos á decidirnos. Lo que es indudable es que esta piedad de ostentación se parece mucho á las costumbres de los charlatanes que tratan de atraer á los parroquianos á golpe de tambor y á fuerza de saltos y contorsiones.

II.

Los jesuitas no hacen ya, que sepamos, flagelaciones á grande orquesta; pero no hay que desesperar de nada cuando se trata de la estupidez humana y hay interés en explotarla. Desafiamos á los

(1) *Historia Societatis Jesu*, t. III, p. 288, núm. 89.

(2) *Historia Societatis Jesu*, t. V, p. 414, núm. 20, p. 418, núm. 23.

(3) *Historia Societatis Jesu*, t. II, p. 117, núm. 28.

(4) *Historia Societatis Jesu*, t. II, p. 201, núm. 167.

jesuitas del siglo XIX á que renieguen de sus padres del XVI; renegarian de los hombres más notables de su orden, renegarian de toda la tradicion católica. No son las prácticas supersticiosas lo más irritante que hay en el catolicismo; esto es muchas veces el extravío de una verdadera piedad. Lo que hay de más lastimoso para la razon humana es el ver estas supersticiones profesadas, reducidas, por decirlo así, á artículos de fe por hombres de inteligencia incontestable. *Bellarmino* empleó su erudicion y su sagacidad en buscar autoridades y argumentos para autorizar todas las devociones católicas: las indulgencias, las imágenes, las reliquias, las peregrinaciones, el agua bendita, la cruz. Encontró en *Gretser* un vulgarizador hábil é infatigable. El jesuita alemán pasa en su Compañía por el príncipe de los teólogos (1); escribió, como *Bellarmino*, en plena reaccion católica. Estos ilustres doctores nos darán á conocer los sentimientos y las ideas con que la orden de Loyola reconquistó una parte del mundo cristiano en provecho de la dominacion romana.

La Reforma estalló con motivo de las indulgencias. En un principio Lutero no combatió más que los abusos; la obstinacion de los Papas en negar una satisfaccion al sentimiento religioso sublevado, fué lo que condujo á una revolucion. Los jesuitas no podian dejar de vengar á los vendedores de indulgencias del desprecio de que los cubrian los reformadores. *Bellarmino* justifica las oraciones y demas obras satisfactorias por los muertos, fundándose en la unidad de la Iglesia, en la que todas las partes son solidarias, y en los milagros: « Los difuntos están en relacion con los vivos; la Escritura nos enseña que un muerto ha resucitado á un muerto; nos enseña que los muertos ruegan por el pueblo de Israel; los beneficios que los santos proporcionan á los vivos son innumerables » (2). *Bellarmino* reproduce la doctrina del famoso tesoro de caridad, tesoro espiritual que ha puesto en manos de la Iglesia los tesoros de todos aquellos que tienen muchos pecados que expiar, tesoro inagotable, puesto que se compone de los méritos infinitos de Cristo. Una vez en el camino del error, la pen-

(1) GRETSERI, *Opera*, t. I, p. XI y sig.

(2) BELLARMINUS, *De purgatorio*, II, 15.

diente es rápida y peligrosa; el gran teólogo no se atreve á desaprobar las indulgencias de diez mil, de veinte mil años, por más que no afirme que los Papas las hayan concedido. Una cuestion debatida por los canonistas nos mostrará el aspecto moral de estas monstruosas doctrinas: « Si una persona, con la esperanza del futuro jubileo, comete un pecado, ¿gozará del beneficio de la indulgencia? » *Bellarmino* cita dos teólogos que se deciden por la afirmativa, y otros dos que sostienen la negativa; en cuanto al ilustre controversista, no se atreve á censurar esta vergonzosa inmoralidad, que descuenta de antemano las gracias espirituales de la Iglesia para entregarse en completa seguridad á las más feas pasiones (1).

Las obras de expiacion y las indulgencias son demasiado provechosas á la Iglesia para que las sacrifique jamas. Lo mismo sucede con el culto de los santos, que los protestantes atacaron como una herencia del paganismo. Los jesuitas tomaron la defensa de todos los abusos que á él se refieren. Desde la época bárbara, el culto de las imágenes chocó á la cristiandad latina: *Bellarmino* sale de la dificultad, como lo hacen de ordinario los católicos, apelando á la audacia; niega, trata de apócrifo al concilio de París, que se habia expresado en términos desdeñosos acerca de esta supersticion bizantina (2). Los milagros le sirven para establecer la adoracion de las imágenes; pretende que Dios obró prodigios para consagrarlo (3). Es decir, que el Creador trastorna las leyes inmutables de la creacion, para confirmar una práctica, que, si no es idolatría en la doctrina de los teólogos, conduce á ella necesariamente en los sentimientos de las masas. Calvino se burló de las reliquias, y no le faltaba motivo. Loyola restableció su culto y escogió para esto las más problemáticas, digamos mejor, las más falsas de todas, las de las once mil vírgenes (4). Se da hoy

(1) BELLARMINUS, *De indulgentiis*, I, 2, 9, 10.

(2) BELLARMINUS, *Appendix ad tractatum de cultu imaginum*.

(3) BELLARMINUS, *De cultu sanctorum*, II, 12: « Miracula per imagines facta, ideo facta sunt, ut probarent ac sancirent imaginum cultum. »

(4) *Historia Societatis Jesu*, t. I, p. 194, núm. 13. Estas famosas reliquias son huesos de antiguos Romanos, y aun restos de caballos. (Véase en t. VIII de mis Estudios)

gran importancia á los testimonios que se encuentran en la Escritura en favor de la divinidad de Cristo. ¿Qué hemos de pensar de la Escritura y de sus testimonios, cuando se ve á *Bellarmino* apoyándose en los libros sagrados, en la palabra de Dios, para autorizar el más grosero de los errores, el culto de las reliquias? (1). *Gretser* lo defiende de una manera más sencilla: «Los protestantes lo atacan, dice; esta es una razon suficiente para conservarlo y extenderlo» (2). El argumento es irresistible. Es muy cierto que los protestantes echaban en cara á los católicos el exponer á la veneracion de los fieles, aquí huesos de paganos, allá restos de animales. Los católicos tienen una respuesta perentoria que oponer á los ataques de la impiedad: *Bellarmino* niega, y asunto concluido (3). Despues de todo, añade *Gretser*, la piedad borra el vicio (4). Máxima cómoda que, si tiene el poder de transformar los restos de caballos en reliquias, oculta con mayor razon las necesidades y los fraudes clericales.

Hay una devocion vivamente atacada por los protestantes, que reúne en cierto modo todo lo que hay de supersticioso en el catolicismo, y es el culto de la cruz. *Gretser* le ha consagrado tres volúmenes in folio. Anunciada á los reformados, mostrándoles la cruz predicha en la Sagrada Escritura, que tanta costumbre tienen de citar. En nuestros dias se vuelve á empezar á exaltar las profecías, y admira que su evidencia no convenza á los incrédulos. Para edificacion de nuestros lectores, vamos á referir algunos pasajes de la Escritura, que, segun se dice, se refieren á la cruz; no será falta nuestra si no ven más que estúpidas interpretaciones allí donde los católicos adoran la inspiracion divina. Moises, en el momento de morir, profetiza el destino de las diversas tribus del pueblo de Dios; hablando de la tribu de José dice: «Su belleza es como la del primer hijo de sus toros, y sus cuernos como los de un macho cabrío (ó segun la Vulgata, de un rinoceronte)» (5). ¡Hé aquí la cruz predicha por Moises! Si quereis saber qué tie-

(1) BELLARMINUS, *De cultu sanctorum*, II, 3.

(2) GRETSERI, *De insignibus imperii*, c. 15.

(3) BELLARMINUS, *De cultu sanctorum*, II, 4.

(4) GRETSERI, *De cruce*, lib. I, c. 32: «*Fides purgat factum.*»

(5) DEUTERONOMIO, XXXIII, 17.

nen de comun la cruz y los cuernos de un rinoceronte, leed á *Tertuliano* y á *Gretser*. Despues de este esfuerzo de razonamiento, lo demas no es más que una bagatela. El salmista llama al Señor el cuerno de salvacion; ¡profecía de Cristo y de la cruz! Si no creéis á nuestro jesuita aleman, creeréis á un padre de la Iglesia, porque San Jerónimo es quien lo dice. Todavía hay otra profecía de Isaías: «Todo el dia, dice el profeta, he extendido mis manos hácia el pueblo incrédulo.» Segun *Gretser*, estas manos extendidas son las de Jesucristo en la cruz. ¡Esto sí que es tener profecías á discrecion! Si no os bastan éstas, porque están algo traídas por los cabellos, hay otras que son claras como la luz del dia, y son los libros sibilinos, en donde se encuentra predicha la muerte de Jesucristo, hasta con sus menores detalles; ¿no es esto maravilloso? Verdad es que los libros de la Sibila fueron hechos por los cristianos á medida de su deseo, pero la fe purga el fraude, y la falsedad no impide á *Gretser* extasiarse con los versos sibilinos (1).

Los milagros de la cruz son innumerables. Ya en nuestros tiempos hemos aprendido cómo se hacen los milagros; pero como son la prueba por excelencia de la revelacion cristiana, no será inútil referir algunos de los prodigios verificados por la cruz. Nuestros lectores admirarán con nosotros el papel que el catolicismo hace desempeñar á la Divinidad; parece un compadre que ayuda á hacer los escamoteos. El madero de la santa cruz es un medio de apagar el incendio; San Paulino lo atestigua por haberlo visto, y un cronista del siglo X dice que el milagro se repitió en el sitio de París por los Normandos. No es ménos maravilloso el aceite de la santa cruz: una madera seca de donde mana un licor bienhechor, remedio contra todos los males! ¡Esto es muy distinto del agua de la Saletta! Hasta las imágenes de la cruz producen un aceite milagroso, con gran ventaja de muchos, dice *Gretser*; el jesuita se refiere sin duda á los que venden esta mercancía á peso de oro! Los clavos son tan interesantes como la cruz. *Gretser* comprende muy bien por qué tienen el poder de lanzar los demonios y de calmar las tempestades, porque tienen una relacion más in-

(1) GRETSERI, *De cruce*, I, 48 (*Op.*, t. I, p. 75-77).

tima con el cuerpo de Jesucristo que la cruz; en efecto, la cruz solamente ha tocado al cuerpo, al paso que los clavos lo han penetrado! Los naturalistas ignoran aún las causas de los temblores de tierra, y mucho ménos saben cómo se evitan estos trastornos de la naturaleza. Si hemos de creer á *Gretser*, la piedad está más adelantada que la ciencia: poned una cruz sobre las casas, dice; á un mismo tiempo salvará las habitaciones y preservará á los habitantes de otra desgracia, igualmente terrible, de la peste. En la antigüedad, los paganos llevaban toda clase de amuletos para librarse de las enfermedades y de las desgracias; el cristianismo los ha reemplazado por la cruz; nuestro jesuita dice que el remedio es soberano (1). Si se hubiesen seguido sus consejos, el siglo XIX se hubiera ahorrado muchas calamidades: tal vez aún no sea demasiado tarde, si es cierto, como *Gretser* afirma, que «la cruz calma las insurrecciones, del mismo modo que aplaca las tempestades del Océano enfurecido» (2).

El más sorprendente de los milagros verificados por la cruz es la multiplicacion de la cruz. Pudiera creerse con los protestantes que si la madera de la cruz se ha multiplicado, es porque habia frailes interesados en su venta. Oigamos la respuesta contundente del jesuita alemán: «Jesucristo ha comunicado su incorruptibilidad á la cruz sobre la cual ha derramado su sangre.» La madera es incorruptible, pase por ello: pero ¿cómo esta madera se multiplica á voluntad y segun el interes de los que venden las reliquias? No es ocasion de exclamar con Calvino: ¡oh estúpida é inconveniente mentira! *Gretser* responde al incrédulo reformador, que la multiplicacion de la cruz no es más imposible que la multiplicacion de los panes, y tiene razon. En el camino del absurdo lo difícil es dar el primer paso; si se cree que tal ó cual milagro es imposible, ¿por qué no creerlo de todos? En cuanto á los que tienen empeño decidido en explicarse la multiplicacion de la cruz, que lean á *Gretser*; él les enseñará como el aire que la rodea se convierte en madera! (3). Los instrumentos de la pasion se han

(1) GRETSEI, *De cruce*, II, 28, t. I, p. 227.

(2) GRETSEI, *De cruce*, I, 85, 91, 93; II, 23, 30. (*Op.*, t. I, p. 147, 154, 157, 219, 232.)

(3) GRETSEI, *De cruce*, I, 77 (t. I, p. 134).

multiplicado del mismo modo que la cruz. ¡Cosa admirable! Este milagro pone en un apuro á nuestro piadoso jesuita; pero sale de él evocando un recuerdo de la antigüedad pagana: «Las ciudades de la Grecia se han disputado la cuna de Homero; ¿por qué las ciudades cristianas no se han de disputar los instrumentos de la pasion de Cristo?» Perfectamente, pero esta comparacion implica una duda, porque Homero no ha tenido diez patrias. El jesuita alemán acaba por confesar que las reliquias no se han multiplicado. Luego las hay falsas; ¿pero qué importa? «Aun cuando, dice *Gretser*, yo pudiera probar el error, no lo haria» (1). Admiramos la profunda piedad del reverendo padre, pero no comprendemos su dificultad. Si el pan y la madera pueden multiplicarse, ¿por qué no los clavos? Y si el aire circundante puede hacerse madera seca, ¿por qué no hierro viejo?

Dejamos á un lado las imágenes de la cruz y las apariciones por no aturdir al lector á fuerza de maravillas. Pero es preciso detenernos en la señal de la cruz, porque desempeña un papel considerable en el catolicismo. El tratado de *Gretser* sobre la señal de la cruz fué traducido al alemán para edificacion de los fieles. Hé aquí, pues, un libro popular, escrito por un ilustre teólogo para desarrollar el sentimiento religioso. ¡Qué religion, Dios mio! Es una cosa admirable la señal de la cruz; representa todos los misterios del cristianismo, la Trinidad, la Encarnacion, la Pasion, la vida eterna. La demostracion es curiosa; véase una muestra: «Tres dedos representan la Trinidad; cinco dedos, las cinco llagas de Jesucristo; empezando la señal de la cruz por la frente y descendiendo hasta el vientre, se indica que Jesucristo ha descendido del cielo para alojarse en el seno de la Virgen; llevando nuestra mano primero á la izquierda y despues á la derecha, somos llevados á pensar en la causa por la que el Hijo de Dios ha tomado naturaleza humana» (!) Una señal que encierra todos los misterios de la religion no puede dejar de tener efectos milagrosos. La señal de la cruz lanza los demonios, sirve para exorcizar á los desgraciados que son presa de los espíritus inmundo; previene los

(1) GRETSEI, *De cruce*, I, 97 (t. I, p. 166).

sortilegios é impide la accion de las fascinaciones (1). Cuando se lee este cúmulo de necedades, se cree leer las alucinaciones de un loco. Añadamos que estas increíbles estupideces no son invencion de nuestro jesuita; á los ataques de los protestantes el sábio teólogo tiene cuidado de oponer los testimonios de los Padres de la Iglesia, y estos testimonios abundan. De manera que las mayores capacidades del cristianismo están conformes en contar cuentos como puede hacerse en una casa de locos!

La señal de la cruz es una panacea, claro está; sobre todo, es un gran remedio para desechar los malos pensamientos. *Gretser* censura vivamente á Lutero por no haberla recomendado á los que se ven atormentados de sombríos pensamientos. Un desgraciado se veia perseguido por la idea del suicidio; el reformador le aconsejó que se dijera: «Dios quiere que yo viva, y viviré.» Con este motivo, *Gretser* trata al monje sajón de impío, por que no ha escrito á su amigo que recurra á la señal de la cruz! (2). ¡Es decir que los pensamientos serios sobre la voluntad de Dios son rechazados como una impiedad! ¡Para ser piadoso es preciso abandonarse en cuerpo y alma á la supersticion! Esto nos pone sobre la pista de la influencia moral de las prácticas supersticiosas renovadas por los jesuitas. ¿Cómo creencias que ciegan y vician la razon han de poder moralizar á los hombres? Se dirá que se debe respetar la fe, por más que sea crédula. No se trata ya de fe; *Gretser* tiene cuidado de decir que la señal de la cruz, aún sin fe, hecha por los que no creen en Jesucristo, produce los mismos efectos milagrosos. Poco importa tampoco la moralidad, la dignidad de aquel que hace la señal de la cruz; basta la materialidad del acto (3). Lo mismo sucede con el agua bendita: expulsa los demonios por su sola virtud, así como lava nuestros pecados veniales sin ningun acto de penitencia, sin ningun pensamiento piadoso (4). ¡Qué piedad! ¡Qué religion!

Este medio fácil de borrar sus faltas tiene un inconveniente, y

(1) GRETSERI, *De cruce*, IV, 4 (t. I, p. 342); IV, 36, 41, 44 (t. I, p. 386, 393, 397).

(2) GRETSERI, *De cruce*, IV, 28 (t. I, p. 375).

(3) GRETSERI, *De cruce*, IV, 43, 62 (t. I, p. 396, 421).

(4) GRETSERI, *De benedictionibus*, II, 9 (t. V, 2, p. 212).

es que no se puede llevar siempre consigo agua bendita. La Iglesia lo ha remediado; el agua bendita se reemplaza ventajosamente por los amuletos. Importa poco que ésta sea una costumbre pagana; lo que era una supersticion en el paganismo, se trasforma en acto de piedad, por el mero hecho de que la practiquen los cristianos: el cardenal *Baronio* lo afirma (1), y un papa canonizado nos dirá el fruto que de ello puede sacarse. Pío V distribuyó *Agnus Dei* en gran cantidad á los soldados que combatian por el catolicismo contra los reformados de los Países Bajos y de Francia. Un español, hecho prisionero por el príncipe de Orange, fué condenado á ser fusilado; al ver que las balas de fusil y de cañon no le causaban el menor daño, se le registró y se le encontró un *Agnus Dei*; en cuanto se le quitó el amuleto, murió (2). ¡Puede creerse que estas estupideces sean consagradas por las oraciones solemnes de la Iglesia que pide á Dios que comuniquen su bendicion á una imágen de cera! (3). No harian más los titiriteros de los salvajes. Citemos tambien la bendicion de las campanas, lo que se llama su bautismo; *Gretser* defiende esta costumbre, como todas las que ha inventado el clero para abusar de la credulidad humana. No sería justo acusar de ello al jesuita; tiene á su favor la autoridad del ritual romano: «La Iglesia pide á Dios que las campanas consagradas alejen por medio de su sonido las tempestades y los nublados» (4). Así, pues, la costumbre que todavía existe hoy en las aldeas de tocar las campanas para alejar el rayo está autorizada por la Iglesia! Esta supersticion se refiere á otra que tiene profundas raíces en el cristianismo, la de que las tempestades son producidas por los demonios. El hecho está fundado en testimonios ciertos, dice *Gretser* (5). De aquí proviene que en Alemania se exorcizase á la tempestad; nuestro teólogo aplaude mucho esta piadosa ceremonia!

(1) BARONIUS, *Annales Ecclesiastici ad a. 58*, núm. 76: «*Superstitio in religionem mutata.*»

(2) GRETSERI, *De benedictionibus*, II, 35 (t. V, 2, p. 261).

(3) GRETSERI, *De benedictionibus*, II, 36 (t. V, 2, p. 262).

(4) GRETSERI, *De benedictionibus*, II, 46 (t. V, 2, p. 279).

(5) GRETSERI, *De benedictionibus*, II, 48 (t. V, 2, p. 283): «*Certis documentis exploratum est.*»

Véase cómo los jesuitas ilustran y moralizan al pueblo. Para poner de relieve la reaccion católica tratarémos todavía de una decision de *Gretser* sobre una cuestion de flagelacion. Un ilustre doctor, Gerson, habia condenado este tormento voluntario; los protestantes lo combatieron hasta en nombre del espiritualismo cristiano; pero basta que sea condenado por la razon, para que el *príncipe de los teólogos* lo recomiende. Hay que confesar por otra parte que no le faltan autoridades; la Escritura, las palabras de San Pablo, el ejemplo de los santos, la práctica de las órdenes religiosas, forman una tradicion muy respetable. El jesuita alemán acaba por decir que *la corona de gloria es el fruto de la disciplina*.

Una cosa admira, sin embargo, y es el oír á un reverendo padre exaltar la flagelacion cuando los discípulos de Loyola predicán un cristianismo fácil. Pero para todo hay arreglo en este mundo. ¿No se podría alquilar una persona que se azote por nosotros? (1). Oigamos la respuesta de *Gretser*. Un primer punto hay cierto: que los fieles pueden aplicar uno á otro el fruto de sus obras satisfactorias: en efecto, toda la doctrina de las indulgencias y del famoso tesoro de los méritos se funda en este principio. Luego el que se azota puede transferir á otro el beneficio de su flagelacion. ¿Con qué condiciones? Puede hacerlo gratuitamente; ¿por qué, pues, no lo ha de poder hacer por un *pequeño regalo*? (2). Es preciso que no lo haga exclusivamente por dinero, de lo contrario habria simonia; pero con buena direccion de intencion, como dice el jesuita Pascal, es fácil evitar este escollo. *Gretser* nos da la fórmula del contrato; héla aquí: «Tú me das libremente y por *pura liberalidad*, el fruto de tu flagelacion; y yo te doy libremente y por *pura liberalidad* tal *pequeño regalo*» (3). Se ve, pues, que es bastante fácil de adquirir la *corona de gloria*. No teneis más que asociaros á cualquier pobre diablo que por un *pequeño regalo* consienta en administrarse todos los dias una dosis regular de disciplinazos, y las puertas del cielo se abrirán de par en par ante vosotros! ¡Qué innoble farsa es semejar te religion!

(1) GRETSERI, *De disciplinis*, II, 11, t. IV, p. 57.

(2) *Munusculum*.

(3) «Tu libere et liberaliter donas mihi fructum tui operis satisfactorii, et ego liberaliter et libere te donabo hoc vel illo temporali munusculo.»

¿Se creerá despues de esto que *Gretser* se atreva á tratar á los protestantes de *idólatras*? ¿Qué digo? ¡Son peores que *idólatras*! ¿Por qué? Porque no quieren la práctica, la cruz, ni las mil y una supersticiones del catolicismo (1). Lo más curioso es que todas las necedades que hemos referido se han escrito para contestar á los ataques de los reformadores. ¡Hé aquí la reaccion católica! En verdad, se inclina uno á decir que es la reaccion de la estupidez contra el buen sentido. Hay que añadir, en honor de los jesuitas, que no son ellos los únicos culpables; no son más que los órganos del catolicismo. *Gretser* no da un paso sin apoyarse en la tradicion; no recomienda una creencia supersticiosa, sin exponer los testimonios de la Escritura y de los padres de la Iglesia. Los jesuitas no han hecho más que poner su espíritu de astucia y de cálculo al servicio de la fe, y si han llegado á monstruosidades, es porque los principios que les sirven de punto de partida son falsos.

El elemento supersticioso domina en el catolicismo tradicional. Como la reaccion católica se dirigia contra el protestantismo, se vió llevada fatalmente á rehabilitar lo que los reformadores condenaban: de aquí el regreso sistemático á todas las necedades que la credulidad, alimentada por truhanes, habia imaginado. Era á un mismo tiempo cálculo y fe extraviada. El cálculo era bueno. Sin embargo, la explotación de lo que hay de débil y de imperfecto en la naturaleza humana debe tener un término. La reaccion católica no es más que un movimiento pasajero. Para resucitar hubiera necesitado el catolicismo un nuevo principio de vida. Pero el principio de vida estaba en el campo opuesto; el libre pensamiento pondrá fin algun dia al imperio de la supersticion.

(1) GRETSERI, *De cruce*, IV, 64 (t. I, p. 425).